



Paris, domingo 23 marzo 2008

Nosotros, pueblos de las montañas del mundo, estamos sumamente preocupados por la violencia que reina actualmente en el Tíbet. Acostumbrados a estar en contacto con las poblaciones de las llanuras, hemos aprendido a reconocer sus diferencias y a respetarlas. Desgraciadamente, el respeto no ha sido siempre mutuo. Se niega muy a menudo la existencia de nuestras culturas. No se nos autoriza a expresar nuestra identidad y aún menos a construirla y vivirla. Esa frustración y esa negación de nuestra identidad son las que nos hacen ser a veces violentos. Pero no nos gusta la violencia, ya que nuestra – a veces tan difícil pero tan respetuosa – relación con la naturaleza nos ha enseñado que la violencia y la brutalidad acaban casi siempre siendo fatales para quienes las emplean.

La civilización tibetana, más que cualquier otra, aspira al ideal de la no-violencia. Este principio es la base misma de la visión del mundo que tiene la mayoría de la población. Las relaciones sociales internas y externas de los Tibetanos estuvieron antaño teñidas de cierta violencia. Pero eso pertenece ya al pasado y hoy nos parece patente que sólo aspiran a vivir en paz y en armonía, y a tener la libertad de elegir ellos mismos cómo quieren vivir.

Por consiguiente, pedimos encarecidamente que cese de inmediato la violencia.

En lugar de responder al desasosiego, a la impotencia y a la desesperación que se manifiestan hoy en la calle con una violencia policial absolutamente desproporcionada, la violencia de estado – que niega la cultura y la identidad de los Tibetanos y les impone valores ajenos a los suyos – debe ser la primera en ceder el paso al respeto de esa cultura y de esa identidad, e incluso impulsar su desarrollo. Una vez que haya cesado esa violencia de estado, injusta e injustificable, no dudamos que aquella con que le responden hoy muchos Tibetanos no tendrá ya lugar de ser y se desvanecerá.